

Hotel de Andahuaylas

Dice André Malraux que la vida es una posada sin caminos. Algo así como una etapa entre un no ser y un insondable vacío. Y que durante ese alto nos ronda, implacable, la muerte. Posada sin caminos en que el azar torna aún más absurdo el absurdo. ¿No nos hemos alojado todos, alguna vez, en un albergue que de alguna manera ha suscitado una sensación y una imagen como éstas?

Recuerdo, justamente, un largo viaje por las sierras del sur, allá en mi juventud. Horas y horas a bordo de un viejo ómnibus, en las que un anciano me contó las luchas de su comunidad contra los potentados de Abancay. Viaje hermoso por entre punas, collados, nieves eternas, que nos dejó a todos un pesado ropaje de polvo y de fatiga. Llegamos a Andahuaylas después de medianoche. El chofer nos condujo a un hotel cuyo nombre he olvidado. Una casa mediana y antigua, adaptada de algún modo para ese fin, y que por el momento se hallaba a cargo de un mozo atolondrado. Nos recibió amable —éramos más de veinte pasajeros en tránsito hacia el Cuzco— y sacó un llavero enorme, que parecía de todas las hosterías de Apurímac. Fuimos tras él por los pasillos. Pero aconteció que las llaves no estaban numeradas, ni los cuartos tampoco, de modo que el joven, no familiarizado con el local, encontró mucha dificultad en concordar unas con otros. En vano lo apremiábamos. Y para colmo, sólo él estaba en el edificio. Alguien sugirió entonces, impaciente: “¿Y si entrásemos por las ventanas?”.

Y eso fue lo que hicimos, ante la venia inquieta del improvisado administrador y el taimado regocijo del chofer. Fue una caótica búsqueda de vanos y pugnas de precedencia. Después de agitada brega conseguí ingresar a una habitación. Encendí la luz y me quedé pasmado: la estancia era triangular, en planta como en elevación, y su única ventanilla daba a un gallinero. Contrariado salí en pos de algo mejor, pero al momento tuve que retornar a la plaza, porque corría el riesgo de quedarme sin nada. Y, por si fuera poco, debí defenderla contra los asaltos de una gorda señora a la que el cansancio había quitado todo recato. Me instalé, pues, y las horas se hicieron muy largas por las picaduras de las pulgas, los quiquiriquís de las aves, los ronquidos de un sargento aposentado en el piso superior y la opresiva singularidad del ambiente. Y también por el ilógico sentimiento de que había sido víctima de una injusticia, siendo así que el azar, o en todo caso mi precipitación, me habían deparado ese cubículo. Pero ¿no era mejor conformarse con lo que tenía y tratar de dar descanso a mi cuerpo? Así lo hice y pude conciliar un sueño más o menos reparador.

Aquello es ya lejano. Una visión que de tiempo en tiempo resurge en mi memoria, y a la que una razón desconocida se empeña en conferir un carácter simbólico. Pues con cuánta frecuencia nos asalta a muchos la idea de que nuestra situación en la vida —nombres, país, época— nos ha sido asignada de manera arbitraria y acaso injusta. El pensamiento de que hubiera debido ser otro nuestro tiempo y nuestro destino, así como esa noche consideré que debía haberme correspondido no ésta sino otra habitación.

Un hado caprichoso distribuye, sin duda, las estancias del establecimiento al que Malraux se refiere. El *heimarmene* de los griegos. Un poder que se halla tan profundamente ligado a la vida, según Spengler, como la causalidad lo está con la muerte. Pienso en la frase del autor francés y recuerdo también la fórmula definitoria que Lukacs da de la novela, pero que también puede aplicarse a la existencia: “El camino ha comenzado, el viaje ha terminado”. Un camino que está allí, pero cuyo curso es circular y no nos llevará a ninguna parte. ¿Y el viaje? ¿Fuimos nosotros realmente quienes lo decidimos?

Sea como fuere, abrigamos la confusa sospecha de que nosotros también somos responsables, por no decir culpables, y no sólo lo que los romanos llamaban *fatum*, como de algún fui yo esa vez de que me tocara el cuartucho en que pasé la noche. Pero si tal es nuestra condición —contentarnos con la estancia que se nos asigna en la melancólica posada que es la existencia— ¿no habrá modo de conciliar la realidad y los sueños, y de disfrutar así de lo mejor, por poco que sea, que nos ofrezca la vida?

Grenoble, 1988